

mente engañado por la enseñanza del hombre., Siempré ficción y siempre locura: ¡la Iglesia una *autoridad divina*! Y ¿dónde están los títulos de esa autoridad? En la Sagrada Escritura, es decir, en un libro escrito no se sabe dónde ni cuándo ni por quién; y en la tradición, es decir, en la ignorante credulidad de los hombres. Se recusa la enseñanza de los hombres, porque son engañados y engañadores; pero ¿no se compone de hombres la Iglesia? ¿Y no ha convencido la historia á esos hombres de error y de engaño? Y, sin embargo, se osa decir en la cátedra de verdad que la autoridad de la Iglesia representa la *inteligencia infinita de Dios*! (1).

Después se vocifera que la Iglesia es invencible porque cuenta diez y ocho siglos de existencia. La confianza en su perpetuidad, por ser un lugar común, no es menos un nuevo rasgo de ignorancia ó de locura: "Gracias á esta convicción profunda de su perpetuidad, jamás, dice un escritor católico, desespera la Iglesia de su vida, y las tempestades que trastornan el mundo, sepultan los imperios y aniquilan los pueblos son impotentes para hacerla temblar por su existencia. Todo cae á su alrededor; sólo ella queda en pie, siempre firme é impenetrable, desafiando todas las tormentas que traen los siglos y gastando hasta el tiempo mismo que gasta y destruye todas las cosas. Sus enemigos profetizan su muerte, obstinándose en desconocer el soplo divino que la anima; mas la Iglesia oye esas profecías con una sonrisa de compasión, y lamentando la ceguera que no percibe su vitalidad indefectible, en tierra á esos profetas de un día y prosigue su marcha á través de las edades," (2). Si oyeran de labios de un pagano esta orgullosa apología, la tacharan de fatuidad los católicos, y eso que el paganismo cuenta más siglos que años el cristianismo, á pesar de lo cual nos reiríamos del paganismo, si se llamara eterno. ¿No son los católicos igualmente ridículos? ¿Cómo, teniendo á su lado religiones poderosas que gobiernan á las almas desde siglos antes que Jesucristo viniera á predicar la *buena nueva*, invocan sus cortos centenares de años como prenda de perpetuidad? ¡Su ley es una ley divina, y no ha venido sino hace apenas

(1) LACORDAIRE, *Conférences*, t. I, p. 26.

(2) LAFORÉT, *les Dogmes catholiques exposés, prouvés et vengés des attaques de l'hérésie et de l'incrédulité*, t. III, p. 58.

dos mil años á convertir el mundo! ¿Qué digo? ¡Los mismos á quienes ha convertido la abandonan; hay necesidad de publicar apologías del catolicismo contra los herejes y los incrédulos que los incrédulos y los herejes no se toman el trabajo de leer, y después se toma el aire de un altivo desdén hacia los herejes y los incrédulos!

Decimos que esta jactancia es locura; y con efecto, los católicos están tan convencidos de su eternidad, que se imaginan que los enemigos de la Iglesia la creen igualmente, y ponen en boca de los librepensadores estas palabras de triunfo: "*El coloso es inexpugnable.*" El reverendo padre Chastel, que ha inventado la frase, la glosa con una seriedad que aumenta su mérito: "Los filósofos expertos, dice, no se atreven ya á empeñar contra el catolicismo una batalla sostenida ni á oponerse abiertamente contra él. La ciencia del clero (?) es hoy tal todavía, que no osan negar reueltamente ante ella la posibilidad de lo sobrenatural, el hecho histórico de la revelación divina," (1). No, los librepensadores no continúan la lucha de Voltaire; pero ¿por qué? Porque el combate se ha acabado: el cristianismo tradicional está muerto, muerto desde hace siglos, en el dominio de las ideas, y ahora se trata de recoger de su herencia las verdades que ha alterado para hacer de ellas la base de un nuevo edificio. Reprochar á los librepensadores el no atreverse á atacar el cristianismo es como si se les reprochara el no osar combatir las fábulas de la mitología pagana. Cada edad tiene su misión. Mientras se necesitó audacia, no han carecido de ella los filósofos; mas hoy, á pesar de la reacción católica, están tan seguros de su victoria, que se desdeñan de ocuparse en el cristianismo tradicional, como tampoco piensan en hacer la guerra á los dioses del Olimpo. Hubo un tiempo en que se necesitaron Titanes para escalar el cielo imaginario en que imperaban las divinidades creadas por la poesía; hoy sería profundamente ridículo el que se tomaran en serio estos combates de gigantes.

Filósofos hay que merecen que los reverendos padres se mofen del respeto que tributan al catolicismo. En Francia, la escuela oficial, encargada de enseñar la filosofía, se descubre ante la Iglesia, y

(1) LE PÈRE CHASTEL, en el *Correspondant*, 1859, t. XLVIII, página 605.

en caso necesario lleva cirios en las procesiones, creyendo de buen grado en la eternidad del catolicismo, con tal que se le dejen sus cátedras en los colegios y sus sillones en la Academia; mas no hay nada de común entre el libre pensamiento y los filósofos que no se atreven á pensar libremente ó á decir lo que piensan. Otros escritores más atrevidos merecen igualmente el reproche que los reverendos padres dirigen á la filosofía: tratan la religión católica con una indulgencia que llamaremos culpable, porque da esperanzas á los partidarios de lo pasado, y retiene en las cadenas de la superstición á los débiles y á los tímidos, que se complacen en hallar un pretexto para encubrir su cobardía. En un estudio sobre el porvenir religioso de las sociedades modernas se lee:

"¡No quiera Dios que aparezca que yo desconozca jamás la grandeza del catolicismo! ¡Cuánto bien brota todavía del seno de las *aguas enturbiadas* de esa fuente *inagotable* en que la humanidad ha bebido tan largo tiempo la vida y la muerte! Aun en esta edad de *decadencia*, y á pesar de faltas llevadas al extremo con una obstinación sin ejemplo, el catolicismo da pruebas de un asombroso vigor. ¡Qué fecundidad en su *apostolado de caridad*!... A la vista de esas tiendas establecidas en el llano, y en medio de las cuales se pasea todavía Jehovah, se siente uno tentado á *bendecir* con el infiel profeta á los que se *quisiera maldecir* y á exclamar: ¡Qué bellos son tus pabellones! ¡Qué encantadoras tus moradas! ¡Ah, guardémonos de creer que Dios haya abandonado por siempre á esa vieja Iglesia! Ella *rejuvenecerá como el águila* y *reverdecerá como la palmera*. Pero es preciso que el fuego la purifique, que sus apoyos terrenales se desbaraten, que se arrepienta de haber esperado demasiado en la tierra, y que no se crea humillada cuando ocupe en el mundo una posición que *no sea grande sino á los ojos del espíritu*," (1).

Así, según Renán, la fuente del catolicismo es *inagotable*; confiesa que está en *decadencia*, pero *rejuvenecerá como el águila* y *reverdecerá como la palmera*. Dios ha abandonado á la vieja Iglesia, pero volverá á su esposa, la cual ocupará siempre en el mundo una posición *grande por el espíritu*. ¡Qué de contradicciones! ¡Qué de palabras sonoras

(1) RENÁN, de *l'Avenir religieux des sociétés modernes* (*Revue des Deux Mondes*, 1860, t. V, p. 790).

en las cuales se buscaría en vano un sentido que la razón pudiera aceptar! Ha olvidado el librepensador que entona un himno en honor del catolicismo, que la esencia de lo que celebra es una superstición, es decir, el *hecho histórico de la revelación divina*, que no se atreven ya á negar los filósofos, al decir del padre Chastel. Decir que la fuente de la superstición en que la humanidad ha bebido durante siglos es *inagotable*, ¿no es ponerse al nivel de esos filósofos? Hay muchas otras cosas que ha olvidado el librepensador. Si cree en la eternidad del catolicismo, es preciso que crea en la *autoridad divina* de la Iglesia y en la *infallibilidad* del papa. Pero ese papa infalible ha proclamado, en actos solemnes, que la Iglesia debe reinar sobre el mundo en virtud de su autoridad divina. ¡Creéis en esa autoridad y no queréis que reine! El papa infalible ha proclamado mil veces que la Iglesia posee la verdad absoluta: ¡cómo, pues, ha de hallarse en *decadencia*! ¿Necesita *rejuvenecerse* y *reverdecerse* quien está siempre joven y siempre verde? Pero como librepensador no creéis ni en la revelación divina ni en la autoridad divina de la Iglesia: ¿cómo podéis, pues, creer en su eternidad? ¡Debéis creer que se funda en el error, si no en la impostura, y reivindicáis para ella el imperio que pertenece al *espíritu*!

Dejemos á los académicos y oigamos á un hombre. Cuando Lamennais visitó la Ciudad Eterna, tenía convicciones católicas que Renán no tiene ciertamente; y cuando la dejó llevaba en el alma el germen de la incredulidad, ó, por mejor decir, había abandonado la religión de lo pasado por la religión de lo porvenir. ¿Cómo se produjo esta admirable transformación? Podía beber las aguas del catolicismo en su primera fuente; pero las vió tan *turbias*, que le sublevaron el corazón: "Uno de los más bellos días de mi vida, escribía de Roma, será aquel en que salga de esta *gran tumba*, donde ya no se encuentran sino *gusanos* y *huesos*... Yo tengo necesidad de *aire*, de *movimiento*, de *fe*, de *amor*, de todo lo que se *busca en vano* en medio de estas *viejas ruinas*, sobre las cuales se *arrastran*, como *inmundos reptiles*, las *más viles pasiones humanas*," (1). ¿Dió á Lamennais la encíclica de Gre-

(1) *Lettre* du 10 février 1832 (LAMENNAIS, *Correspondance*, tomo II, p. 231). Hablando de los hombres que rodeaban al papa, dice Lamennais «que no hay nada más bajo: *ambiciosos, avaros, corrompidos*...» (IBID., p. 232).

gorio XVI la convicción de que el imperio del *espiritu* pertenecía al papado? Escribe de Roma: "Júpiter ciega á los que quiere perder. ¡Palabras cuya verdad aterral... Emperadores, reyes, y los demás que no nombro, ved cómo se van todos y cómo tienen el aire de tener prisa de marcharse; tan atentos están á no faltar á ninguna de las torpezas que pueden asegurar y precipitar su ruina. ¡Oh, qué magnífica procesión!", (1).

Lamennais estaba indignado y agriado. Mas hé aquí otro visitador de la Ciudad Eterna, espíritu tranquilo que no tiene ningún odio en el alma, ninguna pasión, salvo la de la verdad: Parker, el ministro unitario, estaba moribundo cuando vió al papa, su cortejo y las pompas del culto católico; se había difundido el rumor de que se había convertido al catolicismo, y podía beber en su manantial las aguas de la *inagotable fuente*. Oigamos lo que escribe de Roma: "La religión romana no es más que un espectáculo; el papa es un figurón, su vida una pura ceremonia; sólo son reales los polvos de tabaco que toma; y los toma de la *peor manera*, como dicen los Yankees, quiero decir, llenándose la nariz. ¡Convertirse al *romanismo* en Roma! Sería preciso estar loco para pensar en ello. Tan fácilmente pudiera convertirme al culto de Osiris, de Horus, de Apis y de Isis después de haber visto las momias de Tebas, como al *romanismo* después de haber visto á Roma", (2). ¿Puede haber cuestión, después de esto, de regenerar el catolicismo? ¿Pueden pensar seriamente los librepensadores que resucitarán las momias, que *rejuvenecerán los gusanos* y que *reverdecen los huesos*? ¿Pueden decir seriamente que volverá el imperio de las ideas á una Iglesia cuyas eminencias son *inmundos reptiles*? ¿Van á *purificarse por el fuego* los que son *ambiciosos, avaros, corrompidos*, y á ocupar en el mundo una posición que será *grande á los ojos del espíritu*?

No negamos la tenacidad y la fuerza de resistencia del catolicismo, que bien puede hacer caer en ilusión á los hombres políticos, para quienes el hecho es una autoridad suprema. Un célebre historiador proclama que el papado, lejos de estar en decadencia, está en la plenitud de la juventud y de

(1) Lettre du 9 août 1832 (LAMENNAIS, *Correspondance*, t. II, página 243).

(2) PARKER, Lettre du 5 novembre 1857 (THÉODORE PARKER, *sa Vie et ses Œuvres*, par ALBERT RÉVILLE, p. 215).

la vida; y no es que Macaulay se haga ninguna ilusión respecto del valor moral del catolicismo; lo juzga con la severidad, con la parcialidad de un protestante: es, dice, el producto del error y del fraude, es una mezcla de supersticiones y de engaños; pero no importa, es inmortal, porque las religiones no cambian, no sufren la influencia del progreso que se cumple en nuestros sentimientos y en nuestras ideas; ¿no vemos á hombres muy ilustrados creer en dogmas que declara absurdos la razón? ¿No vemos, en nuestro siglo de luces, acogidas con favor por las clases elevadas las más groseras supersticiones? (1). Ya hemos respondido en otra parte á los testimonios que ha creído encontrar en los hechos el historiador inglés para fundar en ellos su desoladora doctrina (2). Los mismos hechos que invoca le desmienten. Comprendemos que crea el papa en la eternidad del catolicismo, pues que tiene fe en su origen divino; pero en boca de un protestante nos subleva esa creencia, como una horrible blasfemia contra la verdad y contra Dios, que es la fuente de toda verdad. ¿Pertenece acaso el imperio de las almas al error y al fraude? Si se responde afirmativamente, se puede sostener que la dominación de la Iglesia es indestructible; pero entonces también es inexplicable que los hombres de corazón se ocupen en estudios históricos: ¿lo harían por el placer de demostrar que la humanidad se compone de imbéciles y de bribones, y que los necios han sido y serán siempre seducidos por los perversos que los explotan?

Grande es ciertamente todavía el poder de la superstición; pero ¿significa esto que sea eterno? ¿Por qué se abandonan los hombres de todas las clases, unos á las observancias supersticiosas del catolicismo, otros á las necias prácticas de un charlatanismo estúpido? ¿Son hombres ilustrados los que así se entregan en cuerpo y alma á los que los engañan? Pueden pertenecer á las llamadas clases superiores; pero si, como dice Vauvenargues, hay canalla con guantes amarillos, no faltan tampoco tontos de corbata blanca. ¿Y quién ha cultivado la imbecilidad y la simpleza? ¿No es precisamente la misma Iglesia, que se proclama eterna en razón de los imbéciles y de los necios sobre los cuales ejer-

(1) MACAULAY, *Historical Essays*, t. IV; RANKE, *Historic of the popes*.

(2) Véase el *Estudio sobre las guerras de religión*.

ce su imperio? Aquellos á quienes la Iglesia no ha cegado desde su infancia, aquellos cuya vigorosa naturaleza ha resistido á la deletérea influencia de la educación católica, aquellos que abren los ojos á la luz de la razón, no pertenecen ya á la Iglesia, aun cuando por su nacimiento, y, lo que es peor, por sus hábitos ó sus intereses, conserven lazos exteriores con un culto que no es ya el suyo. La fuerza de la Iglesia está en la ignorancia, y esta fuerza no es sino debilidad. Sería necesario que la Iglesia mantuviera por siempre á aquellos sobre los cuales reina en su ignorante credulidad para que su dominación fuese eterna; pero eso es imposible, porque es contrario á los designios de Dios. Cuando ha llegado una religión á no ser más que la fe de la superstición y de la ignorancia, es cierta su ruina, ó, por mejor decir, está ya muerta.

## III

El mismo papa ha pronunciado la sentencia de muerte del catolicismo, proclamando desde lo alto del Vaticano que es incompatible con la libertad y con la civilización moderna (1). ¿No es la libertad la vida de los individuos y de las naciones? ¿No es la civilización moderna el producto de la vida de la humanidad? Maldecir la civilización y la libertad es, pues, condenar la vida en lo pasado y en lo presente. Pero ¿sobre quién recaen estas maldiciones? A la manera del profeta que bendijo lo que quería maldecir, el papa condena la Iglesia y el catolicismo cuando cree condenar la sociedad. ¿Se imaginaria acaso en Roma que, obedeciendo á los mandatos de la santa sede, va á renunciar la sociedad á su libertad y á su civilización, para volver á la Edad Media y al yugo del papado? Sería eso un sueño digno de los momias que ocupan la silla de San Pedro: en su muerte, creen que la humanidad debe considerarse dichosa con entrar en la misma tumba. ¿Quién no conoce que eso es la más imposible de las imposibilidades?

¿Qué es la libertad con la cual no quiere el papa reconciliarse? Es, ante todo, la libertad religiosa, la libertad de las opiniones, en una palabra, el libre pensamiento. En todas nuestras constituciones se lee que los cultos son libres é iguales

ante la ley; en todas se afirma que las opiniones son libres, lo cual implica que no hay creencia ni dogma que no tenga cada cual el derecho de atacar y de defender. Hé ahí nuestra libertad, que en Roma se condena como un *delirio*. Ciertamente es que hay una locura de por medio, y hay que averiguar quién está loco, si la sociedad ó la Iglesia. Los que puedan abrigar alguna duda en este punto no tienen más que dirigirse á Roma; allí verán una institución universalmente aborrecida: la Iglesia la llama el *santo oficio*. La Inquisición no enciende ya hogueras, porque pertenece al reino de los muertos, como el papado que la mantiene: diviértese en castigar á los que comen carne, ó huevos, ó leche, é impone á todos los fieles el deber de denunciar á quienes cometen esos enormes crímenes; y se recrea en prohibir á los cristianos el trato de los judíos, todo en virtud de las santas máximas decretadas en el siglo XII por los santos concilios (1). Preguntemos ahora quién padece locura, quién delira, la sociedad moderna ó el catolicismo.

El papa condena la civilización moderna, el espíritu moderno, ¡y ese sacerdote es el jefe de una Iglesia que reivindica el poder espiritual, es decir, el poder del espíritu! Si hay alguien que delire, ¿no será el que acusa de delirio á la sociedad? La civilización moderna consiste en nuestros sentimientos y nuestras ideas, en nuestras necesidades y nuestras aspiraciones, en nuestras ciencias y en nuestras artes, en nuestras invenciones y nuestros descubrimientos, en nuestra industria y nuestro comercio; es, en una palabra, el desarrollo progresivo de las facultades humanas. Dios es quien nos ha dado nuestras facultades, Dios es quien nos ha impuesto como ley el deber de desarrollarlas, y bajo su inspiración cumplimos los progresos incesantes que constituyen en su conjunto la civilización moderna. ¿Qué hace, pues, el papa cuando la maldice? ¿Maldice la obra de Dios él, que se llama su vicario infalible? ¿No es ese el ideal del delirio?

De admirar es que los viejos que condenan nuestra civilización crean que á su voz va á detenerse, imitando á aquel rey franco que, al hacerse

(1) Véase el *Estudio sobre la reacción religiosa* y un *edicto del Santo Oficio*, del 14 de Mayo de 1829, en CAROVÉ, *Die letzten Dinge des römischen Katholicismus in Deutschland*, p. 37 y siguientes.

bautizar por un obispo católico, maldijo lo que había adorado y adoró lo que había maldecido. Nada más sencillo, en efecto. No se trata sino de transformar a los hombres del siglo XIX en hombres del siglo XII. Forman hoy naciones libres é independientes; abdicarán su poder soberano á los pies del papa y del emperador. Hay pueblos que tienen la desgracia de ser herejes; se apresurarán á abjurar su creencia, y si no, predicará el papa una cruzada contra ellos, los exterminará ó los entregará al furor de los cruzados. El espíritu moderno está ávido de luces, y ha inventado la prensa para propagarlas; pues renunciará á esa pasión que recibe de Satanás, su padre; y ya que sea empresa difícil el medio heroico de destruir la imprenta, se empleará la censura. La sociedad moderna es esencialmente laica, todo está en ella secularizado, leyes, filosofía, artes, ciencia; pues esa secularización, obra de largos siglos que nos separan de la Edad Media, es una apostasia á los ojos de los papas, y la sociedad, de laica que es, tiene que hacerse de nuevo católica. Los legistas, esos malos cristianos, son quienes comenzaron por emancipar el Estado de la dominación de la Iglesia: esa es la primera fuente del mal; se la cegará reemplazando nuestros códigos por el derecho canónico y nuestros tribunales por los provisosores y los legados; se restablecerán las inmunidades eclesiásticas, tales como el derecho para que los clérigos roben, asesinen, adulteren impunemente, y para que la Iglesia posea la mitad del suelo sin soportar las cargas que gravan la propiedad, y para que los lugares sagrados sirvan de asilo á los malhechores laicos que vivirán en compañía de los malhechores ungidos.

Cuando el papa gobierne el mundo de acuerdo con el emperador, su porta-espada; cuando el Estado esté enteramente subordinado á la Iglesia, como lo está el cuerpo al alma, entonces pondrá manos á la obra el poder espiritual y le será fácil demoler nuestra civilización. Un filósofo francés, creyente sincero, hablando de la guerra á muerte que existe entre la civilización moderna y la Iglesia, dice: "¿Qué es lo que el catolicismo persigue en la civilización moderna? Las luces y la libertad. ¿Qué es lo que la civilización rechaza del catolicismo? El embrutecimiento supersticioso y la dominación teocrática," (1). Por consecuencia, se extin-

(1) BORDAS-DEMOULIN, *Mélanges philosophiques*, p. 370.

guirán las luces, que es el punto capital; y cuando los hombres dejen de pensar, no pensarán ya en ser libres; y si los hay que se obstinan en querer pensar, se les enviará á la escuela con los escolásticos y aprenderán á razonar sin pensar. En cuanto á las masas, la Iglesia se encarga de ellas; tendrá el monopolio de la instrucción, y se servirá de él para no instruir, como lo hacia en los buenos tiempos pasados en que los canónigos no sabían escribir su nombre. Las ciencias eran desconocidas en la Edad Media; pues se las abolirá, lo cual es el mejor medio de responder á los astrónomos que pretenden que la tierra gira alrededor del sol, y á los geólogos que sostienen que se engañó Moisés al decir que fué hecho el mundo en seis días. Por lo que hace á la historia, todo el mundo sabe que los librepensadores la han falsificado, enseñando que ha habido cruzadas contra los herejes y los infieles, y que la Inquisición de Roma hizo quemar á Giordano Bruno en el año de gracia de 1600; pues se hará un auto de fe con estas falsificaciones, lo cual permitirá restablecer la donación de Constantino, las falsas decretales, los falsos santos, las falsas reliquias, los falsos milagros. Esto anticipará considerablemente el reinado de las tinieblas. La literatura moderna está inficionada del mismo veneno que emponzoña la filosofía y la historia: no hay más que preguntar cuál es la fe del pagano Goethe, del racionalista Schiller, del ateo Byron; y ¿qué decir de Voltaire y de Rousseau? Pues se imitará á los apóstoles arrojando todos sus libros al fuego.

#### IV

El filósofo francés que acabamos de citar, Bordas-Demoulin, creía que el *embrutecimiento supersticioso* y la *dominación teocrática* que vituperaba no eran el verdadero catolicismo, y quería una reforma en la Iglesia, abrigando esperanzas é ilusiones que exponemos más adelante. Pero el catolicismo oficial es irreformable, como sus jefes y sus defensores lo proclaman, y al propio tiempo los papas dicen y repiten que no pueden aceptar ni la libertad ni la civilización, que constituyen la esencia de la sociedad moderna. Esto quiere decir que ó tiene que ceder la sociedad ó la Iglesia. La Iglesia no cederá, no transigirá; la sociedad tampoco. ¿Quién prevalecerá en esta lucha? Hay par-

tidarios del cristianismo tradicional que se obstinan en creer que se hará la reconciliación de la Iglesia y la libertad. "Ni las nuevas libertades, dice Guizot, ni las antiguas creencias, pueden perecer; necesarias unas y otras, destinadas á vivir, están, por tanto, obligadas á vivir juntas. Cuando y cómo resolverán el problema de su mutua paz la fe cristiana y el libre pensamiento, la antigua Iglesia y el nuevo Estado, nadie puede decirlo hoy," (1).

Estas palabras entrañan un sentimiento muy verdadero, el de que es imposible que se perpetúe el divorcio entre la sociedad y la religión: es necesario que la sociedad vuelva á la Iglesia ó que la Iglesia se reconcilie con la sociedad. Ahora bien, es imposible que la sociedad moderna, de laica que es, se convierta en teocrática. Guizot lo reconoce: "La sociedad, dice, es esencial é invenciblemente laica; la separación de la *vida civil* y de la *vida religiosa* y el *imperio del espíritu laico* en los *negocios públicos* son hechos consumados que no se podrían atacar ni amenazar siquiera, sin provocar en la sociedad entera una inquietud y una irritación igualmente peligrosas para la Iglesia y para el Estado. *Nada es más funesto á la influencia religiosa* en la Francia actual que la *eventualidad ó la mera apariencia de la dominación eclesiástica*," (2). Pues bien, esa *secularización*, que, según Guizot, constituye la *ESENCIA* de nuestra sociedad y que él declara *invencible*, es vituperada en Roma como una *apostasia* (3). Esto es declarar que, si la sociedad persiste en separarse de la Iglesia, deja de ser cristiana, ó, por lo menos, católica; y como no puede dejar de persistir, dejará de ser católica. Y ya ha dejado de serlo. Cuando en la Edad Media hablaba el papa, obedecían los pueblos y temblaban los príncipes; hoy habla el papa, advierte á la sociedad que se extravía, que delira, y clama en el desierto: las naciones no le escuchan, prosiguen su camino con una profunda indiferencia hacia las bulas pontificias. ¿Es esta una sociedad católica?

No tenemos la pretensión de resolver el problema planteado por Guizot; pero es lo cierto que, si la Iglesia continúa resistiendo al movimiento que impele á las sociedades modernas, será deshecha,

(1) GUIZOT, *Mémoires sur l'état actuel de la religion chrétienne*, p. 42.

(2) GUIZOT, *Mémoires sur l'état actuel de la religion chrétienne*, p. 62.

(3) Véase el *Estudio sobre la reacción religiosa*.

como sería destrozado el que quisiera detener un tren que marcha á todo vapor. Bordas-Demoulin lo reconoce: la civilización, dice, derriba todo lo que le estorba; y de aquí deduce que, si alguna vez ha aparecido el catolicismo en el momento de su ruina, es hoy (1). Todavía esperan los partidarios del cristianismo tradicional que acaben por prevalecer las tendencias liberales que se han abierto paso en el seno de la Iglesia; pero al ver que los papas se obstinan en su ciega resistencia, lanzan un grito de desesperación, apelando á una revolución: "Si el catolicismo, dice Guizot, llegara á hacer creer que era esencialmente hostil á los principios y á los derechos esenciales de la sociedad moderna, y que no los tolera sino como Moisés toleraba el divorcio entre los Judíos, á causa de la dureza de su corazón, no desaparecería por esto del mundo la religión cristiana; que sus destinos están por cima de los extravíos humanos; pero seguramente, para que los hombres volvieran de tales extravíos, para que penetrara la luz en su alma y la armonía en la sociedad moderna, sería preciso que estallase de nuevo en las almas y en la sociedad una de esas perturbaciones inmensas; una de esas tormentas revolucionarias, cuyas lecciones no recogen los hombres sino después de haber sufrido todos los males," (2).

Si fuera realmente eterno el cristianismo romano, sería necesario, para conciliarlo con la sociedad moderna, uno de esos acontecimientos de fuerza mayor que trae la Providencia cuando por su camino no quieren marchar los hombres. Pero ¿es verdad que haya una religión eterna? Esa es la creencia de los que se hallan apegados al cristianismo ortodoxo, de los que creen que Dios mismo ha revelado la doctrina cristiana. Esto supone la intervención milagrosa de la Providencia, cuando precisamente uno de los caracteres del espíritu moderno es rechazar toda idea de sobrenatural y no admitir sino el progreso por el trabajo de la humanidad. Bajo el punto de vista del desarrollo progresivo de nuestros sentimientos no puede ya haber cuestión de eternidad de las religiones, como tampoco de ninguna otra manifestación del espíritu humano. Tal es la convicción de un pensador ilustre á la par que cristiano: "No puedo

(1) BORDAS-DEMOULIN, *Mélanges philosophiques*, p. 304.

(2) GUIZOT, *Mémoires sur l'essence de la religion chrétienne*, Préface, p. XX-XXII.